

— A fe mía, caballeros, dijo, que no he perdido el tiempo.

— ¿Nada te ha respondido el hipócrita?

— Al contrario.

— ¿Pues qué te ha dicho?

— Que se llamaba Gibassier, que se había escapado del presidio de Tolón, y que buscaba á un caballero que debía darle mil escudos por dar un golpe la noche próxima.

Los tres jóvenes rompieron á reír.

— Bien ves, dijo Ludovico á Petrus, que ese no es tu paisano.

— ¿Y por qué no?

— ¡ Bueno ! un paisano no tendría tanto talento.

Y bajaron los tres jóvenes, glorificando el talento del hombre de la nariz postiza.

En nuestro primer capítulo se ha visto el resultado del desafío propuesto por Ludovico á Petrus.

CAPÍTULO IX.

EL VAN-DICK DE LA CALLE DEL OESTE.

Ahora que hemos intentado dar una prueba del carácter de Petrus en los días que estaba encerrado y tenía el sistema nervioso excitado, veamos lo que era fuera del encierro ó durante sus días de buen humor.

Hemos dicho que era un hermoso joven; expliquémonos un poco. No se está vulgarmente bastante de acuerdo sobre estas palabras: hermoso joven, buen mozo.

Nosotros los hombres somos malos jueces en la materia; hablemos de la opinión de las mujeres.

Para unas, la belleza de los hombres consiste únicamente en la salud y la frescura, es decir, en la anchura de hombros, con exclusión de las facciones y su expresión.

Éstas amarán lo mismo un coracero ó un cazador que un chalán.

En una palabra, todas las máscaras y todas las fachas que representan la fuerza.

Para otras la belleza de los hombres consiste toda en lo descolorido del semblante, en la dulzura del aspecto, en la regularidad de las facciones, en la languidez de los ojos, en lo delgado del cuerpo; para éstas, en fin, los hombres hermosos son los afeminados que representan la debilidad.

Para nosotros la belleza del hombre, si, sin embargo es permitido decir que haya hombres bellos, la belleza del hombre diremos que existe toda en su mirada, en sus cabellos y en su boca.

Un hombre es siempre hermoso cuando tiene una mirada luminosa, unos cabellos bien plantados y una boca firme, risueña y bien amueblada.

La belleza del hombre, en fin nos parece que consistió, ante todo, en la expresión de belleza, que nos parece absoluta en el hombre.

Estas condiciones son las que nos hacen decir de Petrus que era un bello joven.

Por lo demás, si el lector quiere formarse una idea exacta del que intentamos presentar ante sus ojos, que se acuerde de aquel maravilloso retrato de Van-Dick pintado por él mismo; y si no se acuerda de aquel bello retrato, que mire en todas la tiendas de los malecones y los bulevares el grabado hecho sobre él.

Un día pasando Juan Robert por el malecón Malaquais, había visto aquel grabado detrás de un vidrio; tanto le había chocado la semejanza del discípulo de Rubens con Petrus, que inmediatamente había entrado á comprar, no el grabado de Van-Dick, sino el retrato de su amigo.

Lo había colocado en el taller de Petrus, y la semejanza del autor de Carlos I con el joven era tal, que de diez paisanos que viniesen á hacer sus retratos al óleo ó el de sus mujeres ó sus hijas al pastel, nueve creían que Petrus se burlaba de ellos cuando les decía que aquel grabado se había hecho, no á semejanza suya, sino á la de un pintor muerto hacía ya ciento ochenta años.

El mismo corte de cara, los mismos cabellos, levantados sobre la frente, rubios y rizados, la penetración del ojo la misma, el mismo bigote retorcido y la misma perilla sombreando orgullosamente la misma boca y la misma barba. Petrus, en fin, era un Van-Dick, vivo, altanero, inteligente y bueno.

Cualquiera que hubiese entrado en su taller habiendo estado en Génova, se hubiera acordado involuntariamente de los magníficos cuadros del palacio encarnado, y hubiera buscado con la vista aquella adorable marquesa cuyo retrato pintado y firmado por el pintor flamenco se encuentra á cada paso en aquel hermoso palacio.

Sí, al mirar á Petrus con su cuello aplanchado, su justillo de terciopelo ceñido en derredor de su cintura con un cordón de seda, sentado, pensativo en el fondo de su taller, y rozando con su bella mano fina y blanca, como la de un sacerdote ó la de una mujer, su bigote rubio, se hubiese buscado la ideal compañera de aquel bello joven; su semejanza con el pintor de Amberes era tan grande, que no se le hubiera deseado otra amiga que aquella hermosa

marquesa de Brignola, immortalizada por el suave pincel de Van-Dick.

Y ninguna otra, en efecto, le hubiera convenido mejor, porque seguramente, el alma que irradiaba en los ojos, de Petrus, no había recibido sus alas para volar hacia una griseta ó una aldeana, y se comprendía que sólo la descendiente de toda una raza de príncipes pudiera decir á aquel orgulloso y bello joven:

— Inclínate delante de mí, yo soy la soberana.

Era, en efecto, la hija de toda una raza de príncipes la que había turbado el corazón de Petrus.

Digamos en pocas palabras cómo había sucedido esto.

En aquella calle, desierta hoy, pero más desierta aún hace veintiseis años, que se llama calle de Oeste, y donde estaba situado su taller, había visto un día, al entrar en su casa detenerse un carruaje tan suntuosamente blasonado, que aunque por lo pronto no hubiera hecho más que pasar por delante de él, había reconocido el blasón, que consistía en una cabeza de plata, de un moro, coronada con una corona de príncipe, con esta divisa: *Adsit fortior*: PRESENTESE UNO MÁS VALIENTE.

Aquel carruaje, como hemos dicho, se había detenido á su puerta.

Una vez parado el carruaje, un criado con librea azul y plata, que estaba á la trasera, había bajado y había abierto la portezuela á una joven y encantadora mujer, de andar y porte aristocráticos.

Después de aquella mujer joven, ó de aquella joven que podía tener diez y nueve ó veinte años, había bajado, apoyándose en el brazo del lacayo, una señora anciana como de unos sesenta años.

La joven miró por encima de la puerta de la casa, ante

la cual se había detenido el carruaje, y no habiendo visto lo que buscaba, se volvió hacia el cochero, y le preguntó :

— ¿ Estáis seguro de que es éste el número noventa y dos ?

Era el número de Petrus.

Uva vez que el joven vió que habían entrado las dos señoras, atravesó la calle, y en el momento en que iba á entrar á su vez, oyó á la más joven de las señoras preguntar á la portera :

— Es aquí donde vive Mr. Petrus Herbel, ¿ no es verdad ?

Herbel era el apellido de Petrus.

Á lo que la portera, maravillada de los hermosos atavíos que llevaban las dos señoras, respondió :

— Aquí es, sí, señora, pero no está en casa en este momento.

— ¿ Y á qué hora se le encuentra en ella ? repuso la misma persona.

— Por la mañana hasta mediodía ó la una, repuso la portera. Pero aquí está, añadió viendo al joven que acababa de entrar, y cuya cabeza se veía por encima de las dos señoras.

Volviéronse las dos al mismo tiempo, y á su vez vieron al joven, que se descubrió al instante y se inclinó respetuosamente.

— ¿ Sois Mr. Petrus Herbel, artista pintor ? preguntó bastante impertinentemente la señora anciana.

— Sí, señora, respondió friamente Petrus.

— Venimos á hacer un retrato, caballero, dijo la misma señora, siempre con él mismo tono ; ¿ os conviene hacerlo ?

— Es mi profesión, señora, respondió Petrus, siempre

con grande cortesía ; pero más friamente aún que la primera vez.

— ¿ Pues bien ! ¿ cuándo queréis comenzar ? ¿ se tardará mucho ? ¿ necesitáis muchas sesiones ? Responded pronto, que estamos heladas.

La joven, que no había dicho una palabra hasta entonces, echando de ver la impertinencia de su compañera, y notando la paciencia respetuosa de Petrus, se acercó á él, y tomando la palabra á su vez, preguntó :

— ¿ Sois vos el autor de un retrato que estaba en la última exposición, numerado con el número trescientos nueve ?

— Sí, señorita, respondió Petrus conmovido á la vez con la belleza de aquella persona y la dulzura de su voz.

— Si no me equivoco, caballero, era vuestro propio retrato, ¿ no es verdad ? continuó la joven.

— Sí, señorita, dijo ruborizándose Petrus.

— Pues bien, caballero, yo desearía un retrato mio, hecho de la misma manera ; aquel tenía una entonación, un aire que me ha seducido. Tengo ya ocho ó diez retratos que mi madre ó mi tía han mandado hacer, pero ninguno me contenta. ¿ Queréis, añadió sonriendo, intentar á vuestra vez satisfacer á una persona muy caprichosa y muy difícil de quedar satisfecha ?

— Trataré de conseguirlo, señorita, y será un grande honor para mi.

— ¿ Un honor ! interrumpió la señora anciana ; ¿ y por qué habrá de ser un honor para vos ?

— Porque sólo una celebridad, dijo Petrus inclinándose, debería hacer el retrato de una persona de la belleza y del rango de la señorita de Lamothe-Houdon.

— ¿ Ay ! ¿ nos conocéis ? gruñó la vieja.

— Conozco al menos el nombre de esta señorita, respondió Petrus.

— Os he dicho, caballero, que era caprichosa y difícil de contentar; pero me he olvidado de decirós que era curiosa.

Petrus se inclinó como un hombre pronto á satisfacer la curiosidad de su bella visitadora.

— ¿Cómo sabéis mi nombre? continuó ésta.

— Lo he leído sobre las ruedas de vuestro carruaje, respondió Petrus sonriendo.

— ¡Ah! las armas de mi familia, ¿entonces conocéis la heráldica?

— ¿No estoy llamado á hacer uso de ella todos los días? y un pintor de históricos asuntos ¿puede ignorar que desde la toma de Constantinopla hasta la de Berg-op-Zoom, el escudo de los Lamothe-Houdon ha brillado en todos los campos de batalla, sin encontrar lo que su divisa busca?

Este diploma de valor y nobleza, lanzado bruscamente al rostro de la joven, aunque con tan completa cortesía, hizo ruborizar hasta el blanco de los ojos á la heredera de los Lamothe-Houdon.

Hasta la vieja se vió obligada á mirar al joven con una benevolencia de que no había dado pruebas hasta entonces.

— Pues bien, caballero, dijo entonces con una afabilidad que no había derecho á esperar de su impertinente persona, puesto que sabéis el nombre de mi sobrina, no tenemos que hacer más que preguntaros vuestras horas y daros nuestras señas.

— Mis horas serán las vuestras, señora, respondió el joven con una deferencia, en que se advertía una cortesía igual; y en cuanto á las señas de la morada de la princesa de Lamothe-Houdon, no es permitido ignorarlas á nadie.

¿Quién no sabe que su palacio está situado en la calle Plumet, frente al de Montmorin, cerca de el del conde Abrial?

— Pues bien, caballero, respondió la joven ruborizándose por segunda vez, mañana á mediodía, si lo tenéis á bien.

— Mañana á mediodía estaré á vuestras órdenes, señoras, respondió Petrus inclinándose profundamente.

Volvieron á subir las dos señoras á su carruaje, y Petrus se entró en su taller.

Hemos dicho que Petrus era leal; y sin embargo había dicho á la señorita de Lamothe-Houdon una de las más gordas mentiras que puede decir un hombre.

Había pretendido que nadie podía ignorar dónde vivía un Lamothe-Houdon, y sin embargo, dos meses antes aun lo ignoraba él, y sólo una casualidad se lo había enseñado.

Pocos parisienses, excepto los de la ribera izquierda, conocen la parte del boulevard exterior, que va desde la barrera de Grenelle á la de Gare, y que cerca toda la ribera izquierda al Sur, como de la de Gare á la de Grenelle, el Sena la cerca por el Norte.

Estos boulevares, ó más bien, este paseo de catorce ó quince mil metros de longitud, tiene cuatro filas de árboles que forman dos calles, está tapizado de césped de un extremo al otro del camino, y para cualquiera que desee meditar á solas ó soñar á duo en las umbrosas calles de un parque, es un paseo encantador el de los boulevares del Mediodía.

Algunas de esas mujeres que nunca dejan ver sus rostros en los paseos públicos, en los espectáculos, en los conciertos; algunas de esas que llevando el retiro hasta la clausura monacal, nunca salen más que para ir á la iglesia; algunas de esas mujeres, decimos, tranquilizadas por

la soledad de aquella sombría Tebaida, venían en esta época, durante las tardes del estío, á dar una vuelta en carruaje, y el joven estudioso, que comentaba su código paseándose bajo los grandes olmos, se maravillaba de ver pasar por el camino, como las sombras vaporosas de las damas principales de otro tiempo, las bellas y risueñas jóvenes del arrabal de San Germán.

Entre otras jóvenes y bellas, pero no alegre ni risueña, pasaba, en carretela descubierta en verano, y cerrada durante el invierno, la joven que ya hemos visto aparecer dos veces en este libro.

La primera vez junto al lecho de muerte de Carmelita.

La segunda no hace más que un instante, en casa de Petrus, la señorita Regina de Lamothe-Houdon, hija del mariscal Bernardo de Lamothe-Houdon.

La primera vez que Petrus la había visto, sería unos seis meses antes de la época á que hemos llegado, hacia el fin de un hermoso día de verano. Petrus esta solo en medio del camino que forman las cuatro calles de árboles del boulevard; miraba en el horizonte, por el lado de los Inválidos, el efecto del sol poniente: de repente, al extremo del camino, como si dos de los caballos del carro del sol acabasen de destacarse en medio de un polvo de oro, vió venir hacia él dos jinetes que parecían luchar en punto á ligereza.

Apartóse Petrus para dejarles pasar; pero no pasaron tan rápidamente, que el joven no pudiera distinguir sus rostros.

Cuando dijimos dos jinetes, hubiéramos debido decir un caballero y una amazona.

La amazona era una joven alta, cortada por el patrón de Diana cazadora, vestida con un traje de montar de seda

cruda y adornada con un sombrerillo gris, por delante del cual caía un velo verde.

Había en su porte, en sus maneras, en su aspecto, algo de esa Diana de Vernon que acababa de crear Walter-Scott, y de entregarla á nuestra admiración, y mucho de aquella adorable Edmea que Mad. Sand tal vez había visto ya pasar en el estado de fantasma por entre las brumas del Valle Negro.

La orgullosa manera con que aquella joven estaba colocada sobre su caballo de negra crin, blanco de espuma; la ruda energía con que dirigía su marcha y domaba sus caprichos, indicaba ya un jinete diestro, y la conversación que sostenía con su compañero, á pesar del galope del caballo, probaba que tenía tanta sangre fría como habilidad.

Su compañero era un viejo de sesenta á sesenta y cinco años, de hermoso semblante y buena traza, vestido con un traje de montar verde, una camisa blanca y botas á la francesa; llevaba en la cabeza un gran fieltro negro, por debajo del que flotaban, blancos como si tuviesen polvos, los cabellos que habían conservado algo del corte del Directorio. Era inútil ver la cinta de muchos colores anudada al ojal de aquel caballero, para saber á qué clase de la sociedad pertenecía; por otra parte, sus espesas cejas, sus rudos bigotes, cuyas puntas caían hasta por debajo de su barba, la expresión un poco dura de todo su rostro, revelaban en aquel hombre el hábito del mundo, y bastaba verle pasar para comprender que se acababa de tropezar con una de las notabilidades militares de la época.

Para Petrus fué el paso rápido del viejo y la joven, como una visión, y si media hora después no hubiesen vuelto por el mismo sitio, y no se hubiesen vuelto á presentar delante de él, hubiera creído ver pasar una bella castellana de

la edad media, que volvía rápidamente al castillo de familia, acompañada de su padre ó de algún viejo paladín.

Entró Petrus en su casa y quiso trabajar; pero el trabajo es una querida celosa que se retira cuando llegáis á ella con la frente caliente por los besos de una rival.

La rival del trabajo de Petrus era su encuentro, su visión, su sueño. En vano tomó su paleta, en vano en pie delante de su caballete intentó conducir su pincel sobre el lienzo; la sombra de la amazona se cernía por encima de él, extraviaba su mano, acariciaba su frente.

Sin embargo, después de una hora de lucha con el bello fantasma, se puso á la obra.

Hubiérase podido creerle vencedor y estaba vencido.

El objeto bosquejado que debía representar el cuadro, era un caballero cruzado, herido, moribundo, tendido sobre la arena, y socorrido por una joven árabe.

Mientras que los esclavos negros, atónitos, en vez de rematarle, vinieron en ayuda del perro infiel, y levantaban la cabeza del moribundo, la joven, en el segundo diseño, iba á buscar agua á una fuente, á que hacían sombra tres palmeras, en el casco del caballero.

Este cuadro, en el momento en que Petrus había entrado de su paseo, le había parecido la alegoría exacta de su vida. ¿No era él, en efecto, aquel caballero herido en ese rudo combate de la existencia, donde todo artista es un cruzado que cumple una larga y peligrosa peregrinación á la Jerusalén del arte, y aquella amazona que había encontrado, no era la encantadora hada que se llama la esperanza saliendo de su gruta, líquida siempre que el trabajo excede á las fuerzas y haciendo caer gota á gota, como la Venus Afrodita, del extremo de sus cabellos torcidos el rocío que refresca al viajero?

Este símbolo ideal que sonreía á su imaginación, le pareció tan chocante, que resolvió hacerlo el símbolo de su vida; y tomando su cuchillo de raspar, en un instante borró las dos cabezas de la joven árabe y del cruzado, y substituyó su rostro al del caballero, y al de la joven el de la amazona.

Hé aquí bajo qué condiciones se había puesto á trabajar. Teniamos pues razón al decir, que en vez de ser vencedor, era vencido.

Desde aquel momento estuvo cuatro meses sin volver á ver á la bella amazona, y diríamos mejor, sin intentarlo. Pero la misma casualidad que se la había hecho encontrar la primera vez, hizo que un día del mes de Enero de 1827, en una mañana que había una brillante nevada, la encontrase de nuevo en una carretela cerrada en los desiertos boulevares.

Esta vez iba vestida de negro y acompañada de una señora anciana, que parecía dormir en el fondo de la carretela.

El carruaje iba desde el boulevard de los Inválidos hasta la calle del Observatorio, y después volvía desde la calle del Observatorio hasta el boulevard de los Inválidos, continuando siempre el mismo paseo.

Por fin desapareció en el ángulo de la calle Plumet.

Comprendió Petrus que en aquella calle vivía su idealidad.

Una mañana se embozó hasta los ojos en una gran capa y se fué á instalar en el portal de una de las casas de la calle Plumet, aguardando el regreso del carruaje que acababa de ver pasar.

Hacia la una entró el carruaje en el palacio, cuyo asiento había establecido Petrus con tanta precisión al

principio de este capítulo. Nuestro moderno Van-Dick había pues, como se ve, mentido grandemente al decir, que todo el mundo debía saber las señas de los Lamothe-Houdon; puesto que un mes antes él mismo no las sabía.

Es inútil hablar de la alegría que le causó al joven la visita de aquella hada que hasta entonces no había él conocido, comprendido, y casi admirado, más que en el estado vaporoso, y es probable que si la anciana señora que la acompañaba hubiera sido sorda y ciega, hubiera subido Petrus á su casa y hubiera bajado á la joven princesa, no sólo el retrato que deseaba, sino otros veinte retratos más, porque hacia seis meses que el joven pintor daba á su pesar á todas las mujeres las facciones encantadoras, aunque un poco altaneras, de Regina.

CAPÍTULO X.

HISTORIA ANTIGUA, SIEMPRE NUEVA.

Petrus, de regreso en su taller, miró, con alegría primero, con disgusto después, los diversos lienzos donde de memoria había pintado á la hija del mariscal de Lamothe-Houdon.

En efecto, al cabo de diez minutos de examen, aquellos retratos le parecían tan por debajo del original, que estuvo si hace ó no con ellos un auto de fe.

Por fortuna, la llegada de Juan Robert le apartó de aquella resolución.

Juan Robert era demasiado buen observador para no ver

que algo nuevo y extraordinario pasaba en la vida de su amigo; pero Juan Robert era un joven muy discreto, que no aventuró más que un pie en el terreno de la curiosidad, y que sintiendo resistencia, dió inmediatamente un paso en retirada.

Los jóvenes, los jóvenes distinguidos al menos, hablan rara vez entre sí de sus queridas, de sus amores, y hasta de sus simples relaciones; todo corazón delicado ama la sombra y el misterio, y hasta al amigo íntimo le introduce difícilmente en el sagrado de sus afecciones.

Juan Robert permaneció el tiempo que creyó necesario para dar á su visita otra apariencia que la de una entrada y una salida; en seguida inventó un pretexto, y dejó á Petrus gozar solitariamente de sus emociones.

¿Qué emociones eran esas? Lo ignoraba Juan Robert; pero poco le importaba; había adivinado en la sonrisa de su amigo, en sus ojos medio cerrados, en su silenciosa distracción, que aquellas emociones eran dulces.

Petrus se quedó solo; pasó uno de esos adorables días, cuyo vivificante recuerdo no encuentra, sin estremecerse de alegría, el hombre en su decadencia.

Á partir desde aquel día, el sueño acariciado por todo artista, por todo joven corazón fuera de la línea vulgar, el amor de una mujer cuya frente lleva las tres coronas, de la belleza, la grandeza y la juventud, ese sueño, decimos, se realizó para Petrus.

Todas las princesas de sus ensueños venían á tomar una forma y á encarnarse para él en una sola mujer.

Cerraba los ojos, y la veía bajar de su carruaje entre una nube de blondas, de terciopelo y de arminio.

Pasó Petrus toda la velada delante de su piano: como todos los pintores, adoraba la música.

Su mano hubiera sido inhábil para formular sobre el lienzo una sola de sus falaces emociones.

La música sola, con su encantadora voz, sus vibraciones que nacen en el cielo y se esparcen por la tierra; la música sola podía responder á los llamamientos apasionados del joven.

No se decidió á acostarse y dormir hasta bien adelantada la noche.

Nos equivocamos al decir que se durmió. Veló con los ojos cerrados hasta que vino el día.

Veló (esta era la palabra) porque una voz no dejó de murmurar á su oído el nombre de Regina.

Salió de su casa á las nueve de la mañana, aun cuando la cita no era hasta mediodía; pero le hubiera sido imposible permanecer en un punto, y pasó las tres horas que faltaban para la indicada en pasearse por delante del palacio del mariscal.

El palacio de Lamothe-Houdon, situado en la calle Plumet, hoy calle de Oudinot, se componía de un gran cuerpo de edificio, situado entre el patio y el jardín, y en el fondo de este jardín, en un paraje que parecía un oasis á mil leguas de París, de un pabellón que formaba un comedor, una sala, y un retrete de señora, encerrados en una estufa gigantesca, que hacía á aquella graciosa sucursal del principal cuerpo de la habitación una muralla de flores.

En el exterior, la cerca, aparte de los basamientos de la construcción, era de vidrios, y á través de aquellos vidrios, se veían, como en el Jardín de las Plantas de París, como en el Jardín Botánico de Bruselas, como en las estufas del célebre horticultor Van-Hout, mil plantas exóticas, cuyas hojas anchas ó afiladas, pero todas de una

forma desconocida en el Norte y en el Occidente, lanzaban sobre aquel pequeño rincón un color tropical de los más pintorescos.

Aquel pabellón rodeado de árboles por todas partes, era sin embargo visible por uno de sus lados.

Por el lado del Sur, un claro formado entre los altos castaños y los tilos frondosos, permitía distinguirla á través de la reja de la cerca.

En el retrete de aquel pabellón, en aquel jardín con cielo de vidrio, mitad taller, mitad estufa, porque las más bellas obras del arte, así como las más raras producciones de la tierra, se encontraban allí reunidas, era donde Regina esperaba á Petrus, no con una impaciencia igual á la del joven, pero al menos, preciso es confesarlo, con cierta curiosidad.

Había en el temperamento aristocrático de la joven una apreciación rápida de toda superioridad; superior ella misma, había conocido en las primeras palabras, que en Petrus tropezaba con un hombre superior.

Llegó el joven á la hora dicha ni un minuto antes, ni un minuto después; observaba las estrictas condiciones de aquella exactitud, que Luis XIV llamaba la política de los reyes.

Al poner el pie en aquel archipiélago indiano, se apoderó de Petrus un estremecimiento de placer y de admiración.

Visto desde el umbral de la puerta, era en efecto un espectáculo arrebatador, para un artista como Petrus, el que se desarrollaba ante sus ojos.

El sueño de la más rica imaginación no hubiera ido más lejos que aquella abundante realidad.

Parecía que con sublimes abrazos de un celeste amor el

arte y la naturaleza hubiesen criado sus más bellas obras maestras.

Allí estaban todas las maravillas del arte.

Allí estaban todas las riquezas del suelo.

Allí estaban todos los helechos gigantes de la América del Sur; dos amantes de mármol blanco se abrazaban castamente como el amor y la Psiquis de Cánova.

Allí, bajo los bosquecillos de acacias y palmeras huían las desmelenadas náyades de Clodión.

Allí estaban veinte estatuas de barro de los maestros de los siglos xvii y xviii, de Bouchardón, de Coisevox, mezclando sus tintes rojizos con el bronce florentino de los maestros del siglo xvi.

Allí estaban todas las rosáceas de la Europa, bajo las magnoliáceas de la América del Norte, las gracias de Germán Pilón, las ninfas de Juan Goujón, los amores de Juan de Bolonia, ese gran maestro que nos ha robado la Italia y que no quiere devolvernos aun cuando hace trescientos años que su sombra reclama el título de francés.

Allí estaban, en fin, cien obras maestras de barro, de piedra, de madera, de mármol, de bronce, dispuestas armoniosamente en aquella floresta virgen en flores, en donde las comarcas todas ofrecían una muestra de sus vegetaciones particulares y características, desde las calceolarias y las pasionarias de la América del Sur, desde las camelias, las hortensias, las palmeras, los árboles de té, hasta los lotos azules, blancos y rosados, hasta las palmeras dulces, hasta las datileras de África; desde las sensitivas, las higueras, los helechos y árboles de Madagascar, hasta las eucaliptas de Nueva Holanda, hasta las sensitivas ó mamosas de la Oceanía.

Era aquello, en una palabra, un mapamundi de flores.

Regina parecía la diosa protectora, la hada omnipotente de aquel mundo maravilloso.

Vacilaba Petrus en entrar, aun después de haberle anunciado el criado, y Regina se vió obligada á decirle sonriendo:

— Entrad, caballero.

— Os pido perdón, señorita, dijo Petrus, pero á la puerta del paraíso es permitido vacilar á los miseros mortales.

Levantóse Regina, é hizo á Petrus pasar al salón transformado en taller; en medio de él se alzaba un caballete con un lienzo bastante alto y bastante ancho para trazar un retrato de tamaño natural.

Sobre una silla de tijera estaban una caja de colores y una paleta.

La luz estaba buscada por una mano entendida, y Petrus casi nada tuvo que cambiar en la disposición de las cortinas.

— ¿Queréis, señorita, dijo Petrus, tener la bondad de sentaros donde queráis y tomar la posición que os parezca más sencilla y mejor?

Sentóse Regina y naturalmente tomó una posición llena de morbidez y de gracia.

Tomó Petrus un lápiz, y con una seguridad sorprendente delineó el conjunto del retrato.

Llegado á los detalles, y viendo que el rostro de Regina iba á carecer de esa animación de la boca y de los ojos, que causa la semejanza, dijo:

— Dios mío, señorita, ¿queréis permitir que hablemos un poco de lo que queráis, de botánica, de geografía, de historia ó de música, durante esta primera sesión? Os confieso que aunque amante del colorido, pertenezco ente-

ramente á la escuela de los pintores idealistas. Si soñase algo, si tuviese una esperanza, sería la de unir el sentimiento de Schoeffler al colorido de Decamps; me parece, pues, imposible hacer un buen retrato ante un semblante inmóvil. Entiendo por inmóvil, un rostro no animado por la conversación. Las personas que mandan hacer sus retratos, dan habitualmente, gracias al silencio que guardan involuntariamente, ó que un pintor inhábil ó tímido les hace guardar, un aire contraído, violento, que hace decir á sus amigos:

— ¡Oh! no es eso; está demasiado grave... es mucho más viejo.

Y la falta recae sobre el pobre pintor, mientras se debería pensar que no conociendo el pintor á su modelo, en vez de darle su expresión habitual, le ha dado la expresión del momento.

— Tenéis razón, respondió Regina que había escuchado aquella larga tesis expuesta por Petrus, sin pretensión alguna, mientras delineaba los accesorios del cuadro; y si para hacer de mi un buen retrato, os basta ver mi semblante animado por la conversación que me es más habitual y más querida, os suplico que alarguéis la mano y llaméis.

Petrus llamó.

El lacayo que le había introducido y que permanecía invisible, pero dispuesto á entrar al primer llamamiento, entró.

— Haced que venga Abeja, dijo Regina.

Cinco minutos después, una niña de diez años, entró, ó más bien saltó de la puerta á los pies de Regina.

Petrus, impresionable como un artista, y víctima de la influencia irresistible de la belleza sobre ciertas organizaciones, lanzó un grito.

— ¡Oh! ¡qué niña tan adorable! dijo.

La niña que acababa de entrar, y que su hermana había designado con el nombre característico de Abeja, era en efecto una encantadora niña, de cutis transparente como una hoja de rosa, con unos cabellos de un rubio subido, rizados en derredor de la cabeza como un ramillete de botones de oro; de una cintura tan delgada, que parecía una abeja pronta á quebrarse.

Su frente arrojaba de sudor aun cuando era á fines de Enero.

— ¿Me has llamado, hermana mía? preguntó.

— Sí, ¿dónde estabas? dijo Regina.

— En la sala de armas, dando un asalto con papá.

Dibujóse una sonrisa en los labios de Petrus. Aquella frase dando un asalto, le parecía la última que debía salir de los labios de aquella niña.

— Bueno, ¿te hacía aún mi padre tirar las armas!... En verdad que mi padre es todavía más niño que tú, Abeja, y no os amaré ni al uno ni al otro, si no queréis obedecerme.

— Pero mi padre dice siempre, Regina, que tú no te has hecho tan alta y tan hermosa, más que porque has tirado las armas; y como yo quiero llegar á ser tan grande y tan hermosa como tú, le digo siempre: ¡Papá, tira las armas conmigo!

— Sí, y él que no desea otra cosa. ¡Toma! Mira cómo estás toda sudorosa, toda sufocada; me incomodará, Abeja. ¿Comprendéis, caballero, que una señorita de once años pase le vida tirando las armas como un estudiante de Salamanca ó de Heidelberg?

— Sin contar conque cuando venga la primavera montaré á caballo.

— Eso es otra cosa.

— Sí, pero papá ha dicho que este año compraría para tí otro caballo, y que á mi me daría á Lemio.

— ¡ Oh ! pues si el mariscal hace eso, le declaro completamente loco... Figuraos, caballero, que Lemio es un caballo que nadie se atreve á montar.

— Excepto tú, Regina, que le haces saltar fosos de seis pies de ancho, y barreras de tres de alto.

— Porque me conoce.

— Pues bien, también á mi vez me conocerá ; y si no quiere conocerme, le diré tantas veces acompañándole con latigazos : « Soy la hermana de Regina, y la hija del mariscal de Lamothe-Houdon, » que concluirá por comprender.

— Lemio, señorita, dijo Petrus apresurándose á aprovecharse de la animación de Regina para delinear su cabeza, ¿ no es un caballo negro, de larga crin, de raza árabe, cruzada con la inglesa ?

— Sí, caballero, dijo Regina, mi caballo sería bastante noble también para tener un blasón.

Procede de un país en que los perros y los halcones tienen su genealogía. ¿ Por qué no había de tener la suya ?

— ¡ Ah ! dijo la niña á media voz, ¿ es este caballero quien hace tu retrato ?

— Sí, respondió Regina en el mismo tono.

— ¿ Hará también el mío ?

— No deseo otra cosa, señorita, dijo sonriendo Petrus ; y sobre todo, colocada como estáis en este momento.

La niña estaba medio acostada, con los codos sobre las rodillas de su hermana ; su cabeza, llena de animación y de inteligencia, reposaba entre sus manos, mientras que Regina le acariciaba el rostro con una flor de reseda.

— Oyes, hermana mía, dijo la niña, este caballero no desea más que hacer mi retrato.

— ¡ Oh ! dijo Regina, pero yo bien sé que pondrá algunas condiciones.

— ¿ Cuáles ? dijo Abeja.

— Que seáis prudente, señorita, y que obedezcáis á vuestra hermana.

— ¡ Bueno ! dijo la pequeña, conozco los mandamientos de la ley de Dios á fondo, dicen :

Honrarás á tu padre y á tu madre ;

pero no dicen :

Honrarás á tu hermano y á tu hermana.

Así que, quiero amar á Regina con todo mi corazón, pero no quiero obedecerla ; no quiero obedecer más que á mi padre.

— Lo creo, dijo Regina, como que hace todo lo que tú quieres.

— Pero si no fuese así, no le obedecería, dijo riendo la niña.

— Vamos, Abeja, dijo Regina, te estás haciendo más mala de lo que eres ; ponte aquí, junto á mi, con juicio, y cuéntanos una historia.

Después, volviéndose hacia Petrus :

— Imaginaos, caballero, continuó, que cuando estoy triste, lo que me sucede con frecuencia, viene junto á mi esta niña, y me dice :

— ¿ Estás triste, hermana mía ? Pues bien, voy á referirte una historia.

Y en efecto, entonces me refiere historias que toma no sé de dónde, seguramente de su loca cabeza ; pero histo-

rias que á veces me hacen morir de risa. Vamos, Abeja, una historia.

— Está bien, hermana mía, dijo la niña mirando á Petrus como si hubiera querido decirle: Escuchad esto, señor pintor.

Escuchó Petrus adelantando de una manera sorprendente en el diseño de la cabeza de Regina, que entregada al movimiento y á la sencillez de la vida habitual, tomaba una expresión arrebatadora,

La niña comenzó.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA PRINCESA CARITA.

(Cuento de hadas.)

Abeja comenzó, hemos dicho en el capítulo precedente: — Una vez era una princesa dotada de una virtud extraordinaria y de una incomparable belleza.

Había nacido en Bagdad, y vivía bajo el reinado del califa Haroun-al-Raschid, del que era parienta muy cercana. Su padre, uno de los más ilustres generales del ejército del Califa, viendo que su hija crecía, y que las guerras disminuían, ofreció su dimisión al Califa, á fin de consagrar todo su tiempo á la educación de Zuleyma.

Zuleyma es una palabra persa, que quiere decir reina. Aceptó el Califa la dimisión, y á pesar del disgusto que tuvo en separarse de tan bravo militar, aprobó su designio, y le ofreció para la educación de Regina (perdón, hermana, quise decir Zuleyma), y le ofreció para la educación de Zuleyma, los mismos maestros que habían educado á su propia hija.